

Si Ardanza hubiese esperado un poco más, quizás su libro de memorias habría llegado al mercado con el panorama relacionado con el fin de ETA algo más despejado. Sin las desconfianzas suscitadas por un jurado designado por la Universidad y el Gobierno vasco que premia a un escritor como Joseba Sarrionaindía, condenado por pertenencia a ETA y prófugo de la justicia desde hace 26 años. Se habría evitado, también, los resquemores que provocan los guiños lanzados desde las primeras filas socialistas al entorno de ETA. O el estupor que logró, sin pretenderlo, el fiscal superior de Euskadi, Juan Calparsoro, cuando le dio por emplazar a los terroristas de ETA prometiéndoles, ¿en nombre de quién?, «generosidad» de la Justicia si la organización terrorista se retira definitivamente.

TONIA ETXARRI

EL SUEÑO DE ARDANZA



Los tiempos de Ardanza fueron otros. Mucho más duros. Entre otras cosas porque le tocó vivir buena parte de los años de plomo, pero sin la cobertura legal que ha tenido el Estado de Derecho en los últimos años para separar a los contaminados por el terrorismo del núcleo de listas, candidaturas y partidos democráticos. En su tiempo, no existía la Ley de Partidos y el mundo de Batasuna campaba por sus respetos, viviendo ante los focos de las conferencias

de prensa, en días alternos, para hablar del «conflicto» sin que ninguna ley les parase los pies.

Ardanza, que ahora reconoce que el Pacto de Ajuría Enea no fue explotado en todas sus posibilidades, ayer no dio nombres de los responsables del fracaso de aquel gran acuerdo para el final de la violencia, en el que no participaba Herri Batasuna, por razones obvias. Pero él sabe bien que la reanudación de contactos entre su partido y el mundo de Batasu-

na, en reuniones paralelas, hizo estallar por los aires el gran acuerdo democrático llevándose por delante, de paso, el gobierno de coalición con el Partido Socialista. El título del libro de memorias 'Pasión por Euskadi' retrata bien al personaje. Quienes le conocimos al frente de la nave gubernamental de Ajuría Enea pudimos constatar su implicación en la historia de este país con sus errores y aciertos, pero sin la altivez y el orgullo de otros compañeros de partido de su época.

Siempre fue disciplinado y no le salió la vena discolorada de su antecesor durante los 14 años de su mandato. Pero fue distinto. Menos sectario. Audaz cuando echó por tierra la teoría nacionalista del 'conflicto con España' para asegurar que el conflicto lo teníamos entre los vascos. Implacable en la denuncia de los cómplices

de los violentos cuando ETA mató a Miguel Ángel Blanco. Y líder humano cuando acudió al tanatorio de Joseba Pagazaurtundua para fundirse en un abrazo con su hermana Maite que acababa de llamar a los nacionalistas en general políticos de «corazón de hielo».

Lleva ya muchos años fuera de la política. Quizás por eso sigue soñando. Y cree en la generosidad con quienes dejan de matar «como lo fuimos en el año 76-77». Pero la historia no puede repetirse. Los tiempos han cambiado. Para todos. Y la generosidad que se aplicó en aquellos años iba dirigida a una organización que nació en el franquismo. Ahora no tiene sentido pensar en compensar a una organización que, como recordó el lehendakari Patxi López en el Parlamento, ha crecido y matado en democracia.